

¿Qué es el voluntariado social?

José Carlos García Fajardo

Profesor de Universidad.

Presidente de Solidarios para el Desarrollo.

La Asamblea General de Naciones Unidas acordó en 1985 que el mundo celebrase el Día Internacional del Voluntario por un Desarrollo Económico y Social como reconocimiento a la contribución de las personas que sirven a los otros de manera altruista y solidaria.

Como dijo el anterior Secretario General de la ONU, Pérez de Cuéllar, «los voluntarios sociales son mensajeros de esperanza que ayudan a los pueblos para que éstos se ayuden a sí mismos».

No compete al Estado ni a los partidos políticos ni a las diversas confesiones religiosas el ejercicio exclusivo ni principal del desarrollo de la persona y de la sociedad. Es el ser humano con su familia y sus amigos, en su entorno con su cultura y sus opciones en conciencia quien debe ser el protagonista de su desarrollo integral. Siempre cabrá la cooperación pero nunca la imposición que no respete la libertad, la conciencia, la justicia y el derecho fundamental a buscar la felicidad, pues *el ser humano ha nacido para ser feliz*. Y la felicidad no puede imponerse de forma alguna.

Ser solidario va más allá de la justicia: significa *hacer propias las necesidades ajenas*.

Un voluntario social apuesta por el ejercicio libre, organizado y no remunerado de la solidari-

dad ciudadana. Ha optado por una sociedad participativa que procura liberar los recursos y energías latentes en los ciudadanos para que contribuyan directamente a dar respuesta a los problemas y aspiraciones de la propia comunidad.

Características

El espíritu del voluntariado se caracteriza por la:

- *gratuidad* ya que su prestación nunca puede ser remunerada;
- *continuidad* ya que no se pueden crear necesidades en aquellas personas que no estamos dispuestos a seguir ayudando;
- *preferencia vocacional* del voluntario ya que uno hace mejor aquello que le gusta y para lo que está más preparado;
- *responsabilidad* personal sostenida por su equipo que desarrolla el proyecto de la Organización con la que trabaja, y por el
- *conocimiento, respeto y valoración* de las diferentes personas o pueblos que pueda encontrarse en la realización de su tarea.

Nada esté más lejos de un auténtico voluntariado social que el

- *intrusismo* ya que el voluntario no invade el terreno profesio-

nal sino que colabora con los técnicos en tareas que, de otra manera, no podrían llevarse a cabo ya que se trata de un modo de actuar que no se encuentra en el mercado laboral;

- *militantismo* por digna y respetable que sea la ideología que lo informa ya sea política, religiosa, cultural o alternativa, aunque es natural que cada uno tenga sus opciones personales pero no tiene derecho a imponerlas en su actividad como voluntario social;
- *diletantismo* de los que se acercan por veleidad o por capricho y se sirven de los demás como si fueran objetos de su curiosidad o para complementar el caudal de su experiencia. Es preciso un compromiso serio y formal para cumplir funciones y tareas concretas dentro de proyectos previamente programados en común;
- *asistencialismo* porque el voluntario quiere desarrollar en las personas y en los grupos capacidades personales que le lleven a la autonomía y no a la dependencia. No se trata de compasión ni de limosna, porque lo que se debe en justicia no se presta en caridad;
- *voluntarismo* porque el voluntario social sabe asumir sus límites y no confunde la rea-

lidad con las buenas intenciones. Hay que dejar bien claro que, en la organización del trabajo voluntario, hay que diseñar programas realistas y factibles pues de otra forma se fomentan la desilusión y la desesperanza cuando no la pérdida de la confianza en las capacidades de desarrollo humano, económico y social.

La Paga del Voluntario

Los que tienen experiencia de trabajo en Organizaciones Humanitarias saben que nada puede compensar el enriquecimiento personal y la íntima satisfacción de esa entrega de un poco de tiempo a la semana al servicio de los demás, con preferencia a los más pobres y marginados. Sabemos que hay algo más grande que hacer el bien y es ayudar a que lo hagan los demás. Uno no tiene más que dos manos y un corazón pero, cuando colabora en la formación de voluntarios sociales, sabe que su palabra, sus capacidades y sus más amplios anhelos se multiplican por la actividad de los demás sin correr el riesgo de que nos den las gracias.

Los voluntarios no piensan en hacer favores a nadie sino que se implican en un proceso del desarrollo humano de su propio entorno del cual ellos son los primeros beneficiarios, amplían la dimensión de su vida social, reciben una formación integral, gozan de un apoyo técnico para el desarrollo de sus actividades y tienen una capacidad de enriquecimiento mutuo al colaborar con otras organizaciones humanitarias y poner en común sus experiencias.

Formación y Servicio

De ahí la importancia fundamen-

tal de la acogida a los voluntarios para formarlos adecuadamente e iniciarlos en las tareas del servicio más adecuado a sus capacidades y circunstancias. No se puede improvisar ni hay aquí límites de edad o de condición social: todos servimos con tal de que sepamos prepararnos para trabajar en el lugar idóneo y de la forma más adecuada.

En «Solidarios para el Desarrollo» se pone el mayor énfasis en la formación por medio de los *Seminarios Solidaridad* que tienen lugar una hora a la semana en unas diez Universidades de España y que nació en la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid, hace ocho años. Cada semana habla un experto en Sida, en drogodependencias, en inmigración, en mujeres maltratadas, en niños abandonados, en disminuidos físicos o psíquicos, en ancianos que viven solos, en los problemas de los reclusos, en enfermos terminales o crónicos, en reinserción social de prostitutas, chaperos, delincuentes, apátridas etc hasta un total de 32 servicios con marginados de nuestra sociedad.

Junto a esta labor de formación está el *Servicio*. Nadie puede seguir en esos Seminarios si no se compromete a dar dos horas semanales de su tiempo para colaborar en uno de esos servicios de acuerdo con sus capacidades, preferencias y circunstancias.

Una vez al mes en los alrededores de Madrid o de cualquiera de las otras nueve ciudades universitarias, tienen lugar los *Encuentros* de fin de semana que reúnen de 50 a 70 universitarios de todas las Facultades y experiencias, tanto alumnos como licenciados o profesores. En estos momentos ya se han superado los 50 Encuentros cerca de Madrid así como unos 20 en Zaragoza, Va-

lencia, Granada, Murcia, Cádiz o Ceuta. Más de 3.000 universitarios han pasado por esos Encuentros.

Y algunas personas dicen que los jóvenes son hedonistas, egoístas e insolidarios. *A un joven cuando le pides poco no te da nada, cuando le pides mucho, te lo da todo*. Pues ya han aprendido que *no es preciso esperar a ser buenos para hacer algo bueno y que nadie sabe de lo que es capaz hasta que se pone a hacerlo*. Nuestra experiencia, después de casi ocho años, es que hay muchísimas personas que quisieran hacer algo por los demás pero no saben cómo ni dónde ni cuándo. Por eso nació *Solidarios para el Desarrollo*.

Con los Pueblos del Sur

Ese desarrollo lo promueven en catorce países de Latinoamérica en donde pasan sus vacaciones unos 200 voluntarios en grupos de cuatro o cinco, durante las vacaciones, pagándose ellos sus pasajes y colaborando en Programas para el Desarrollo que otras Organizaciones humanitarias e Instituciones serias llevan a cabo. Los ya licenciados o profesionales realizan estancias de uno a dos años para formar a otros voluntarios entre los naturales del país y de su misma edad y condición social pues lo más importante es ayudarles a ser autosuficientes y a colaborar con los demás sin someterse a ningún modelo de desarrollo opuesto a su concepción de la vida y a sus tradiciones culturales. Ahora nos preparamos para ir en servicio y ayuda de los pueblos del África negra.

Desarrollo Social

Solidarios preconiza un desarrollo

sostenible, basado en la defensa de los recursos naturales y huma-

nos en contra de la superexplotación económica;
endógeno, basado en la participación directa de los beneficiarios y en el derecho de todo pueblo a sus señas de identidad;
equilibrado, que cuestione la existencia del intercambio desigual entre los países del Norte y del Sur; y
global, que acompañe a las acciones de cooperación, acciones de reflexión y acciones de sensibilización sobre la interdependencia mundial.

Cuando la justicia no es suficiente

Yo explico en la Universidad Complutense «Historia del Pensamiento Político y Social», las ideas, las doctrinas y los sistemas que han presidido la vida de los hombres a lo largo de la Historia.

Por tanto, las consecuencias sociales de las instituciones que los han gobernado. Así como la responsabilidad social que tenemos los hombres en un mundo en el que, gracias a los medios de comunicación, todos somos testigos y coprotagonistas de lo que sucede. Es preciso recuperar la identidad perdida, asumir nuestra cota de responsabilidad en la situación del Tercer Mundo y en las injusticias sociales de esta sociedad consumista pero responsable de abusos sin cuento con millones de seres que pasan hambre, que no tienen acceso a la escuela, que mueren prematura y miserablemente. Ya no es tiempo de *justicia* tan sólo; también lo es de *solidaridad*. Con el pobre, con el enfermo, con el hambriento con el que no tiene techo, con el que no tiene trabajo, con el marginado social de una u otra forma. Es necesario despertar la solidaridad que nace de la concien-

cia de la fraternidad universal de todos los seres humanos. Los hombres no somos seres extraños ni ajenos en nuestro vivir, somos solidarios. Cuando un hombre muere, sobre todo si muere marginado, yo disminuyo, algo se muere dentro de mí.

Ante tantas noticias desesperanzadoras, negativas y de desconfianza general que nos traen cada día los medios de comunicación hay que decir que estudios de la Unión Europea calculan que 20 millones de europeos dedican un tiempo semanal a actividades de voluntariado. En los Estados Unidos la cifra se eleva a 30 millones. Ojalá que, desde estas páginas que hoy nos acogen, podamos sensibilizar más a la opinión pública sobre esta responsabilidad junto a las tareas concretas que nos permitan cooperar a todos sin distinción de sexo, edad, raza, credo ni condición social.

África: la llamada que no cesa

Volvemos, ahora, nuestros ojos hacia un continente que clama justicia ante tanta opresión y dolor. A nosotros, los solidarios, corresponde ponernos manos a la obra para construir un mundo mejor. Y este mundo mejor sólo se construye mediante la prudencia de hombres y mujeres que hacen justicia. *Prudencia es actuar*, ver las necesidades ajenas y constituirnos en puentes que unan esas necesidades a los recursos que los países desarrollados tienen, para poder satisfacerlas mediante la colaboración adecuada.

Por eso volvemos nuestros ojos hacia Africa, para poder llevar allí, de una vez, un mensaje de esperanza y de paz que ayude a despertar la conciencia de esos pueblos y puedan valer por sí mismos.

Recuperar nuestras señas de identidad

Si nada humano me es ajeno, los otros son la expresión más cierta de mi personalidad como hombre. Si el animal es «un ser que vive», el hombre es «un ser que vive para los demás», en la feliz expresión de Tomás de Aquino que completa la profunda definición de Aristóteles: no sólo es *un animal político* sino *un ser por el que transita la palabra*.

Ser para los demás nos devuelve el rostro originario y nos encamina hacia la identidad perdida. Los hombres andamos huérfanos de afectos y deberíamos gritar, como García Márquez: «*necesito que me quieran para no morirme*». Así sintonizaríamos con esos millones de personas que padecen hambre, miseria, dolor, marginación y soledad.

Desde las Organizaciones Humanitarias (ONGD), queremos aportar un ilusionado esfuerzo a la tarea urgente de concitar adhesiones, allegar esfuerzos y unir voluntades para extender este movimiento de solidaridad a todas las personas, comenzando por las más cercanas, por los que están a la vuelta de la esquina, por los que viven a nuestro lado sin que nos hayamos dado cuenta de su indigencia, de su tristeza y de su aislamiento. Que fecundo es el silencio en soledad, pero estéril el aislamiento.

Hay personas que se angustian por lo mal que va el mundo, por los problemas de los desplazados, por las guerras y por todas las desgracias que nos cuentan los periódicos y que no son más que la ínfima parte del sufrimiento de millones de seres. Baste recordar que hay *más de dos mil millones de personas que sobreviven en condiciones de pobreza absoluta, que más de cincuenta mil niños mueren de hambre cada día y que cerca de setecientos*

millones de seres no tienen vivienda. Baste decir que el ochenta por ciento de los recursos del planeta están en manos del veinte por ciento de la humanidad que decide de los destinos del ochenta por ciento restante.

No podemos cruzarnos de brazos ni echar la culpa a los demás. Somos responsables y podemos compartir su situación haciendo propias sus necesidades. Que esto es solidaridad y no lamentarnos estérilmente. Las personas de carácter no tienen tiempo para los lamentos porque se ocupan en trabajar para remediar las necesidades de los que sufren. Si es preciso nos instalaremos en el umbral de la utopía para hacer posible lo necesario aunque en ello nos vaya la misma vida y nuestra superficial seguridad.

Ingerencia humanitaria

En Derecho Internacional existe el principio de no ingerencia en la vida interna de las naciones. Pero cuando la injusticia, la explotación y la falta de libertad oprimen a miles de millones de seres en la humanidad no podemos aceptar ese principio como absoluto, ni obviar la obligación de ejercer el derecho de resistencia contra los regímenes que tratan de silenciar los efectos de la injusticia mediante la institucionalización de sus causas. Es legítimo y obliga éticamente el nuevo principio de *ingerencia humanitaria*

en ayuda de las víctimas de los intereses de los pueblos ricos del Norte.

Los pueblos del Sur piden justicia con sus gritos de silencio. En la cumbre mundial de Copenhague, el Secretario Gral de la ONU pidió «un nuevo pacto mundial entre el Norte y el Sur, entre ricos y pobres para evitar el estallido de una bomba social integrada por 1.300 millones de personas que viven en la miseria sin acceso al empleo, a la sanidad o a la educación». Dijo que «de la respuesta política y del compromiso financiero de los países más ricos, depende el futuro del planeta ya que la explosión social es inminente».

No exagera Butros Gali cuando afirma que 1.500 millones de personas no tienen ninguna oportunidad de acceder a la sanidad primaria, 820 millones no cuentan con un empleo productivo y cada semana nacen medio millón de niños en «la prisión de la pobreza».

«Sé que mis palabras fatigan a muchos», dijo Gali. No sólo a los acreedores de los 250.000 millones de dólares de la deuda externa de Africa y los 525.000 millones de Latinoamérica, que jamás podrá ser pagada pero que los consume con el vampirismo de los intereses leoninos que les imposibilitan cualquier esperanza de vida.

También «fatigan» estas palabras a las personas cómodamente instaladas en los países del

Norte y que viven pendientes de los escándalos y de la corrupción que corroe nuestras sociedades dominadas por un consumismo desaforado.

Es hora de alzar la voz en nombre de esos 14 millones de niños que mueren cada año por culpa de enfermedades evitables mientras nosotros destruimos miles de millones de pesetas en alimentos y productos médicos que se aproximan a su fecha de caducidad. Solidarios para el Desarrollo afirma el principio de ingerencia humanitaria y a él nos atenemos poniendo todos los medios a nuestro alcance con ayuda de otras ONGD especializadas en la salud y en la ayuda humanitaria. Queremos establecer puentes aéreos con los responsables sanitarios de los países más pobres y más explotados para enviar medicinas y otras ayudas. Ayudaremos a recoger todos los medicamentos que vayan a caducar en este año y nos ocuparemos del transporte a centros hospitalarios que nos garanticen una distribución correcta y eficaz. Así nació el *Puente Solidario*.

No podemos consentir que se destruya ni un sólo medicamento importante que puede llevar la salud a otras personas. No todos podemos ir a socorrer a los demás pero todos podemos financiar, por poco que sea, a quienes están preparados para realizar estas tareas. **A**